

degli studi attuali, che siano volti o no all'esame del linguaggio: ad esempio, in quella tendenza a spingere l'esercizio della stilistica verso operazioni aritmetiche e computi di varia natura...; e ancora nell'assunzione, in molta critica, anche recentissima, dei generi letterari tradizionali intesi proprio alla lettera, al modo antico, e non già come frutto di una rivalutazione meditata" (págs. 165-166).

La crítica y la filología no se sustraen, pues, a la ley que parece regir todas las manifestaciones literarias y culturales españolas, la ley del 'apego' al pretérito; así es que en la narración de nuestros días se revela, según Samonà, aquel desvelado y constante amor por la literariedad que caracteriza a los escritores del pasado (pág. 171). La investigación concluye reafirmando aquellas constantes y formulando el deseo de que España vuelva a encontrar, superando el aislamiento renovado que parece singularizarla hoy, la fecunda integración de su tipicidad nacional en el cuadro más amplio de la cultura europea.

ALESSANDRO MARTINENGO.

Seminario Andrés Bello,
Instituto Caro y Cuervo.

GUIDO MANCINI GIANCARLO, *Espressioni letterarie dell'insegnamento di Santa Teresa de Avila*. (Istituto di Filologia Romanza della Università di Roma, Studi e Testi). Modena, Società Tipografica Modenese, 1955. 151 págs.

Guido Mancini aporta con su estudio sobre Santa Teresa valiosos elementos que ya desde su enunciación revelan la originalidad de este estudio sobre la personalidad psicológica y literaria de la escritora española.

Consta la obra de una advertencia, una introducción y tres capítulos intitulados respectivamente: *L'insegnamento teresiano*, *Motivi poetici del mondo teresiano* y *Lo stile*.

En la advertencia afirma el autor: "Teresa de Ahumada fue maestra no tanto por lo que enseñó, cuanto por el ardor con que lo hizo". Sobre esta afirmación se desarrolla el estudio, que nos enfrenta a un problema en el que se diferencian una parte objetiva: la doctrina expuesta, y un rasgo nacido de la subjetividad de la escritora: su ardoroso interés por comunicar las verdades que ella ha experimentado y comprendido.

La verdad, según los escolásticos, es una, susceptible de enfocarse desde los diversos terrenos de la filosofía, pero desde cualquier campo que se considere guardará una relación de dependencia con una verdad directriz, la ontológica, más noble por su origen y natu-

raleza, que las que de ella se derivan (lógica y moral), que residen en el entendimiento humano.

La verdad metafísica, según la concepción tomista, es la adecuación del objeto a los arquetipos eternos; en su esencia se encierra la conformidad entre sus notas intrínsecas y puede ser captada al menos en parte por el entendimiento humano; trasciende a todos los seres y se identifica con el ser: *Verum et ens convertuntur*. El entendimiento y la voluntad, y sus respectivos objetos, juegan un papel decisivo en la obra teresiana demarcada por los mojones de una ortodoxia comprobada. Santa Teresa está firmemente convencida de la veracidad de las doctrinas expuestas en sus libros y por eso las enseña. En ella hay un sentido filosófico innato, que perfecciona con la meditación de la pasión y de la actividad docente de Jesucristo.

La subjetividad en Santa Teresa predomina sobre la realidad de los contenidos expuestos, de donde se desprende que su doctrina conquista un valor específico de los rasgos personales que la Santa ha vertido en sus escritos saturados de entusiasmo e interés que vigorizan y singularizan sus conceptos. En Santa Teresa a la inteligibilidad de los contenidos expuestos excede el dinamismo de su voluntad, alimentada por el amor a Dios. Ella ama a Cristo y este amor rige todas las acciones de su vida que trascibe ingenuamente en sus obras con una finalidad eminentemente didáctica. En el capítulo 1 de la IV Morada afirma la Santa: "No está la cosa en pensar mucho sino en amar mucho". Bien podemos advertir que toda su vida fue consecuente con este principio.

Para cerrar la advertencia afirma el autor que el entusiasmo con que Santa Teresa enseñó "aún hoy se renueva en las infinitas vibraciones de su palabra". Esta aseveración es consecuencia de la premisa anterior: Teresa, convencida de la veracidad de lo que profesa, informa sus escritos con el ardor emanado de su amor a Dios, que el lector atento capta al releer la obra de la carmelitana.

En la introducción, Mancini nos enfrenta al hecho místico, y aclara cómo éste puede ser considerado bajo dos aspectos, que analiza y define ampliamente; afirma que al seguir una u otra corriente, lo esencial y común permanece, es decir, que nos encontramos ante un fenómeno espiritual de excepción, en el cual el sujeto se sustrae a la reflexión, interrumpiendo casi por completo sus relaciones con el mundo normal y viviendo un estado sobrenatural.

El autor nos lleva luego a considerar cómo el místico, pasado el momento del éxtasis, puede reconstruir los estados de ánimo que ha vivido, lo cual es fruto de una actividad humana y, por lo tanto, susceptible de crítica.

Muchas veces se ha planteado el problema de la inspiración divina en la producción de los místicos. Mancini se lo plantea en

cuanto atañe a la obra de Santa Teresa, ya que en el campo crítico tal problema no se ha enfocado en la obra teresiana. Y como respuesta a este interrogante contesta el autor: "Más de una vez la Santa declara que escribe lo que recuerda de sus estados místicos, y que hace una simple relación de lo que le sucedió en la vida espiritual". Pero, al enfrentarnos a la obra teresiana en cuanto dice relación con la forma, se advierte, como lo recalca el comentarista, que "la prosa teresiana comprensible y vivaz nos atestigua la personalidad vigorosa de la Santa, que conociendo el mundo, se orienta hacia el cielo, pero que a pesar de los elevados motivos que trata, da a sus escritos un matiz lleno de humanidad".

Esta característica nace seguramente de su origen; por sus venas corre sangre latina; por tanto, la expresión corresponde a un aspecto definido de su personalidad; es española, por esto participa de los rasgos comunes a su raza; es ardiente, y éste es el motivo que la impulsa a complacer a su Amado; es santa, por esto carece de egoísmo y quiere comunicar a los otros los dones espirituales que ha recibido de Dios y encamina sus escritos a mostrarles a ellos las gracias que ha experimentado, y el bien que de ellas se deriva.

El alma del místico, según expresión de San Juan de la Cruz, conoce por Dios las criaturas y no por las criaturas a Dios, es decir, no conoce la causa por sus efectos, sino que tiene un conocimiento directo de la causa. Conoce las cosas esencialmente, de modo semejante a como las conoce el entendimiento divino. Dios ve, conoce y ama las cosas en su divina esencia, y el místico conoce la causa de las cosas, conoce a Dios. Pero no hay en ninguna lengua términos adecuados para expresar esta realidad y, por lo tanto, su manifestación será imperfecta, y se adaptará a la psicología de cada uno de los místicos. El alma, por esta unión divina, supera todas las leyes de la naturaleza y obra como un espíritu transformado en Dios. Cuando Santa Teresa nos enseña las escalas místicas para ascender a Dios, no nos da una técnica fría sino que pone en sus obras el alma, el corazón ardiente y la fina sensibilidad femenina, y, siguiendo la finalidad de la literatura mística, quiere enseñar. Al místico no le interesa enseñar deleitando sino simplemente enseñar; no le interesa la ficción retórica, le preocupa la verdad. Por esta razón no para mientes en el problema estético, de análoga manera a lo que sucede al artista en el momento de su creación.

San Juan de la Cruz define el misticismo "participatio visionis beatificae". Santa Teresa ha sentido el contacto divino y ha participado de la esencia del bien y la verdad, que se encuentran en Dios; por esto se preocupa por enseñar. Su preocupación intelectual es actualizada por su voluntad ardorosa que se empeña en difundir sus vivencias. Teresa no estudió filosofía, pero es evidente que, como española, está imbuída de las doctrinas tomistas. No está ha-

bituada a las altas lucubraciones filosóficas, pero vive una vida conforme al cristianismo respaldado en el sistema de Santo Tomás.

Plotino no quiere reflexionar ni pensar en torno a Dios, sino que se inclina a poseer la sustancia misma de Dios y su íntima felicidad, es decir, transformarse en Dios. Proclo identifica al místico con la divinidad. En cambio para los filósofos cristianos consiste este estado en un acercamiento a Dios, en una participación de su gloria, pero siempre manteniendo la dualidad de las entidades. San Agustín define el misticismo "fruitio Dei", el gozo de la unión con la divinidad.

Santa Teresa, como San Juan de la Cruz, su discípulo, tiene intuiciones divinas; el misticismo teresiano es un misticismo español, y por lo tanto eminentemente ortodoxo. Aquí cabe recordar que hay un elemento anotado por Américo Castro con referencia a la religiosidad española, que nos parece definitivo en la posición teresiana y en la sociología histórica de los habitantes de la Península: la vecindad al Islam, con el que sostuvo largas y tremendas luchas que quizá influyeron en lo más íntimo de la raza española, dándole perfiles peculiares a su fisonomía.

Al examinar los escritos de Santa Teresa advertimos que su vida se desliza por la senda de una amoroso entrega a la Divinidad, que complementa su conocimiento y experiencias de contacto con Dios. Santa Teresa concibe su existencia en función del amor divino y orienta los actos de su vida a glorificar al Señor. Ama a Dios, y en Dios a los hombres, por esto se preocupa en indicar a éstos el camino para agradarle. Su voluntad es robustecida por el amor, y por eso el vigor de su entrega da un valor específico a sus escritos, más aún que el contenido ideológico y la expresión literal de su obra. Si comparamos los escritos de Santa Teresa con los de otros místicos como San Juan de la Cruz, se advierte de inmediato que los del Santo exceden notablemente en erudición y sistematización filosófica a los de la monja. Cosa obvia, puesto que aquel recibió la cultura máxima a que podía aspirar un religioso del siglo XVI y la Santa, en cambio, forma su acervo cultural en el trato con sacerdotes y religiosos, cuyos nombres aparecen a lo largo de su historia: San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, el Beato Juan de Avila y los Padres Gracián, Pedro García, Baltasar Alvarez y otros. Santa Teresa da un predominio a las funciones volitivas sobre las puramente intelectivas, se empeña en aprovecharse de las conversaciones con los religiosos y se preocupa de transmitir sus vivencias espirituales que podrían aprovechar a otros en el camino de la perfección.

Segura y claramente Mancini ha analizado la mística y ha aplicado los resultados de su análisis a Santa Teresa, insistiendo sobre dos aspectos, el docente, que fluye de la misma expresión de los

sentimientos del místico, y el artístico, peculiar de la sicología de la escritora; aspectos que al conjugarse íntimamente dan un sello personal a su obra. En cuanto mística, tiende a enseñar; en cuanto artista, presenta su obra pujante de emoción y ardor; por lo tanto, no sólo fue maestra por lo que enseñó, sino por el ardor con que lo enseñó.

El mundo artístico teresiano emana de las características indelebles que constituyen la personalidad de la escritora, que encamina toda su obra a glorificar a Dios, ya exaltando las perfecciones divinas a las que rinde vasallaje, ya orientando a los hombres al conocimiento divino, indicándoles el camino para glorificarlo. La voluntad alimentada por el amor divino desempeña en la selección de los elementos poéticos una función primordial que responde a la finalidad docente que hemos anotado en el primer capítulo.

El contraste entre el mundo de los laicos que la Santa considera como una multitud anónima sin reflexión ni dominio y el mundo interior de la escritora, forjado en un ambiente de pureza, abnegación y entrega, constituye uno de sus elementos poéticos. Los personajes que allí actúan son reflejo de la sicología de la escritora que los dibuja en su obra con características que ella se ha representado como ideales. Así, por ejemplo, los varones que intervienen en sus escritos poseen una voluntad robusta y firme; a la mujer la dota de dulzura de sentimientos, de espiritualidad profunda y de agudeza de ingenio que pormenoriza en detalles.

En sus descripciones de la naturaleza, que son escasas, se advierten de inmediato la riqueza de observación, la sutileza y el amor que la embarga y rige los actos de su existencia. El dolor y el gozo son motivos que explota la Santa con una misma intención. Los primeros se transforman en fuente de alegría, si se encauzan y se reciben como medios para agradar al Señor; por eso, el mayor de los dolores es el que proviene de la convicción de haber enclavado a Cristo en el madero. El gozo nace de la convicción de entrega al Amado y será tanto más intenso cuanto más generosa haya sido la oblación de nuestra voluntad.

A medida que la escritora se va adentrando en la explicación de los grados de oración se va inundando en gozo. El dolor que nace de la parte humana se identifica con la ascética; el gozo inefable es el centro de la mística, culminación del edificio espiritual que la Santa ha ido construyendo y en cuya estructuración Mancini la ha seguido pasa a paso, indagando minuciosamente los elementos que hacen de la escritora una poetisa. Parten de la realidad humana que nos circunda y llegan a la región suprasensible en cuya cúspide se siente una atmósfera de serenidad, fruto de la unión con Dios, centro de la felicidad. Es notable cómo la obra teresiana sigue una orientación puramente tomista, ya que implícitamente nos afirma

que la felicidad objetiva del hombre no puede consistir en bienes creados y por lo tanto la constituye el mismo Dios, y que la felicidad subjetiva consiste en la posesión de Dios.

En consecuencia, es de admirar en este capítulo la presentación arquitectónica que el autor ha elaborado para presentar la obra teresiana en su aspecto artístico: descripción del ambiente que trasluce el espíritu de la escritora; aparición de los personajes que brotan del ambiente y en los que se estampa la realidad de la Santa; contraste entre el mundo nocivo al hombre y que lo aleja de Dios, y el mundo forjado por la escritora, nacido de un ambiente de pureza y entrega; el dolor humano que se calma y se torna en gozo cuando sabe que los sufrimientos padecidos con generosidad y amor agradan a Dios; el gozo que brota de la entrega y el vencimiento de sí mismo y en el que sutilmente se unen los mundos humano y ultraterreno iluminados por la contemplación y el éxtasis.

Los motivos que nacen de aspectos humanos se elevan insospechadamente y son coronados por la mística, sustentada desde su aparición por la onda lírica iluminada por el amor divino, y en donde confluyen arte y didáctica. Ambiente, personajes, dolor, gozo, confluencia de los dos mundos, éxtasis y visiones, responden al imperativo dominante de la personalidad de la escritora que los injerta en su psicología y les da ese sello peculiar de su mundo poético, es decir, esa animación que fluye de su amor divino.

FRANCISCO SUÁREZ PINEDA.

Instituto Caro y Cuervo.

FRANCISCO CERVANTES DE SALAZAR, *Life in the Imperial and Loyal City of Mexico in New Spain and the Royal and Pontifical University of Mexico as described in the Dialogues for the study of Latin Language prepared by Francisco Cervantes de Salazar for use in his classes and printed in 1554 by Juan Pablos*. Published in Facsimile with a translation by Minnie Lee Barrett Shepard and an Introduction and Notes by Carlos Eduardo Castañeda. Austin, University of Texas Press, 1953. 113 + [132] págs.

Esta edición, a todo lujo, con copias facsímiles, fue hecha por las prensas de la Universidad de Texas para conmemorar el IV Centenario de la fundación de la Universidad de México, principio de la vida universitaria en Norteamérica. Los Siete Diálogos forman parte de un gran trabajo de Cervantes de Salazar, que incluye comentarios a los diálogos de Luis Vives y que fue publicado en México en 1554 por el editor Juan Pablos. La traducción y la reproducción de éstos fue realizada sobre la copia casi perfecta que se guarda en